



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera
nº 327 (2ª Época), Diciembre 2019.

“Era en las horas de la burla y del insulto. Un Gobierno donde triunfaba toda estupidez se encargaba de deshacer a España. Muchas rotativas vomitaban a diario canalladas sobre los nombres de los caídos...”

EN ESTE NÚMERO:

- 1. En recuerdo de Leopoldo Panero.** *José María García de Tuñón Aza*
- 2. Mayorías abrumadoras.** *Manuel Parra Celaya*
- 3. Los 20-N.** *Carlos León Roch*
- 4. José Antonio, ni estudiado ni comprendido.** *José M^a Ramírez Asencio*
- 5. La tumba de José Antonio.** *José Ignacio Moreno Gómez*
- 6. Unamuno con José Antonio Primo de Rivera?** *Julio Merino*
- 7. José Antonio Primo de Rivera, patrimonio de todos los españoles.** *Luis Felipe Utrera-Molina*
- 8. Guarde la geometría tu pureza.** *Demetrio Castro Villacañas*

Leopoldo Panero, el que escribió en un verso: La irrenunciable sed de José Antonio / era sed de unidad, muere en su casa de Castrillo de las Piedras (Astorga) el 27 de agosto de 1962 donde se hallaba en compañía de su esposa y sus hijos. Ese día el poeta dice a su mujer que se encontraba mal y que fuera a llamar al médico. Ella corre en su busca. Lo encuentra cuando se disponía ir a una fiesta. Al regresar a casa el poeta parece que se encuentra mejor, hasta da la impresión que ha recobrado el color de su cara. El médico le toma el pulso y dice que no le ve nada anormal. Marcha, pero una nueva llamada le hace volver. Sigue sin verle nada grave y le manda tomar una pastilla. El poeta queda tranquilo y su mujer lo deja solo para que descanse un rato. Pasa el tiempo, sube a la habitación, le coge la mano: está helada y no le encuentra el pulso. Manda buscar esta vez al practicante porque sabe que no encontrarán al médico. Cuando entran en la habitación le explica lo que pasa: le abre los ojos y volviéndose hacia ella no sabe cómo decírselo, pero la mujer ve en aquella mirada el reflejo de la muerte del poeta y de que todo se acabó: «¿No me irá a decir que está muerto?». «Qué puedo decir. Sí, está muerto».

*Déjame, Señor, así;
déjame que en Ti me muera
mientras la brisa en la era
dora el tamo que yo fui.*

*Déjame que dé de mí
el grano limpio, y que fuera,
en un montón, toda entera,
caiga el alma para Ti.*

*Déjame cristal, infancia,
tarde seca, sol violento,
crujir de trigo en sazón:*

*coge, Señor, mi abundancia,
mientras se queda en el viento
el olor del corazón.*



Se produce un silencio solamente roto por las plegarias del sacerdote que se inclina ante el cadáver. Empieza a llegar gente, las hermanas de Leopoldo gritan y lloran, pero la muerte no es eso, no ha sido nunca eso, «la muerte es el silencio», escribió su mujer Felicidad, a la que antes había dedicado estos versos:.

*para morir contigo cada día,
Felicidad te quiero. ¡Oh insondable
pasión de la vejez en largo sueño!*

Ese mismo día otro poeta, José García Nieto, recibe la noticia de la muerte de su amigo. Se encontraba en un pueblo cerca de Guadarrama. Camina hacia la ermita del Cristo de Gracia, de las Navas, «estaba vacía. Recé por él, creo que con él, todavía sentado, como si estuviéramos hablando de la vida, de la poesía, de la muerte, de todo eso que él nos enseñó que podía ser uno. Había una rendija hacía el sol de fuera en la puerta de Dios. Por ella se veía esa encina grande, de fuertes brazos, como muerta de pie, que da historia y referencia del pueblo. El árbol, el poeta, estaban allí, sobre la muerte». Y a continuación García Nieto escribe este hermoso soneto:

*Busco tu compañía en esta ermita
donde he entrado a rezar por ti, tocado
de soledad, herido y asombrado
por todo lo que un golpe precipita.*

*Y tú no estás. ¿O no era aquí la cita?
Estoy solo. Pasaba. Me han llamado.
Y era tu voz; la voz del desterrado
que en el desierto del poema grita.*

*Torre de hombría, paz andante, lumbre
cautiva, acostumbrada pesadumbre:
¡cuánto valor sin sitio y tan aparte!*

*Rezo sin entender... ¿Cómo podía
haber sido...? En la Cruz, El me decía
que lo mejor estaba de su parte.*

Después, García Nieto, junto con otros poetas y escritores como Ridruejo, Laín, Vivanco, Crémer, etc., acompañaría los restos mortales de Panero al cementerio de Astorga, donde desde entonces descansan en el panteón familiar.

2

Mayorías abrumadoras

Manuel Parra Celaya

Las bases han hablado; bueno, una parte de las bases, porque, en lo que respecta al PSOE al pedir opinión a sus militantes sobre el acuerdo con Podemos, participó un 70 % de los llamados a consulta; y, en la consulta de ERC a sus afiliados, fue solo un 63 % el que se dignó a responder. Una buena pregunta sería cómo debe entenderse el silencio de esos 30 y 37 %, respectivamente: ¿desacuerdo completo con el planteamiento?, ¿desinterés por lo preguntado?, ¿desconfianza en los constructores del relato?

En todo caso, en ambos casos y de cara a la galería, el asentimiento es abrumador: el 94% de los socialistas dicen estar de acuerdo con ese gobierno progresista, mixtura de socialismo y de populismo de extrema izquierda; el 92% de los llamados republicanos catalanes asume la visión estratégica de su partido.

En este último caso, es curioso el retorcimiento de la pregunta sometida a parecer de los fieles: ¿Estás de acuerdo con rechazar la investidura de Sánchez si previamente no hay un acuerdo para abordar el conflicto político con el Estado a través de una mesa de negociación? Uno se pregunta si, antes de opinar, los militantes de ERC habrán terminado de leer el texto que se les presenta; también, de un modo personal me ha sido inevitable evocar aquellas interminables asambleas universitarias en el postfranquismo y en la transición cuando se nos inquiría a los asistentes -que iban disminuyendo progresivamente- que levantarán la mano los que no estuvieran de acuerdo con la propuesta, trampa falaz donde las haya, o cuando se rizaba el rizo y se proponía vamos a votar si hay que votar, con lo que todos terminaban sin saber a qué daban su aprobación y muchos nos desplazábamos al bar de la Facultad para quitarnos las penas.

Dejando a un lado los recuerdos y lo alambicado de la pregunta de Esquerra, lo cierto es que esas mayorías abrumadoras, cercanas a las unanimidades, siempre me han parecido , por lo menos, dignas de sospecha. No, no pensemos solo en el pucherazo en el recuento de votos, sino en la misteriosa interacción que se produce entre representantes y representados; estos saben de antemano -sabemos, en todos los casos- que aquellos van a actuar en sus respectivos cargos según decidan las cabezas rectoras en función de los intereses de partido en cada momento, coincidan o no con



las bases que los han elegido. Se trata de un compromiso tácito de hipocresía y de un secreto a voces, pero todos fingen creer en la mentira, porque, como dice el profesor y ensayista inglés David Runcinan, la propia democracia no es otra cosa que una ficción útil, aseveración aplicable a todos los casos, máxime si hablamos de democracia interna de las formaciones políticas.

En el caso de la política nacional, la ficción consentida y asumida ya ha marcado el futuro, que, salvo sorpresas de última hora, viene marcada, por una parte, por la colaboración, más o menos entusiasta, de los separatismos del PNV y de ERC -con menoscabo de los antiguos convergentes y de su jefe en su Waterloo- en aprobar con su abstención a Sánchez y a Iglesias; por otra, en que en España se instaure un semeje de Frente Popular.

Este irá tendiendo, más o menos abruptamente, hacia lo que llaman la segunda transición, esto es, en la construcción de un Estado Confederal (plurinacional, en expresión entusiasta de Iceta y, cómo no, del editorial de La Vanguardia), en el que -de momento- la Corona representará un a modo de simbolismo de un pacto medievalizante entre republiquetas soberanas y díscolas constantemente.

Otra pregunta que se me ocurre a tenor de estas previsiones: ¿también el conjunto del pueblo español soberano respondería con una mayoría abrumadora a las inevitables consultas que se le formulen para modificar de plano la actual Constitución en la línea indicada?

A uno no le extrañaría en absoluto; la capacidad de aletargamiento y de embrutecimiento nacional -de convencimiento, para los más ilusos, que ha demostrado

el Sistema es impresionante, hasta el punto de conseguir desespañolizar a amplios sectores de ciudadanos, en territorios basatunizados al extremo o sembrar la duda en otros donde era impensable hasta hace pocos años que se suscitara la menor objeción a la condición española.

Otra cosa muy distinta e si los que han escapado -hemos, porque me incluyo humildemente- a esta impresionante labor de zapa dirigida desde centros de poder nacionales o internacionales, van a tolerar el desafuero.

Es ocioso e inútil predecir respuestas institucionales o ciudadanas; en todo caso, estas últimas dependerán del grado de fortaleza o de tibieza de las primeras

3

Los 20-N

Carlos León Roch

“Solo”son 80 los años en que conmemoramos en la basílica de la Caridad, en Cartagena, con una Misa al alba, el fusilamiento de José Antonio...porque los otros tres años (1936-39) Cartagena estaba en zona ”roja”, y no era aconsejable hacerlo. Y también desde entonces, leemos ese impresionante testamento, y cantamos el Cara al Sol, himno de amor y de valor...



Este año de 2019 no iba a ser menos... Hemos cumplido la obligada tradición, con alguna variante. Y es que, si hasta ahora aplicábamos las indulgencias de la Misa por el alma de José Antonio, en esta ocasión nuestras oraciones se han ampliado a otras dos personas fallecidas en 20-N.

Buenaventura, Buenaventura Durruti murió –por bala- el mismo día que José Antonio (20/X/1936), probablemente a manos de sus propios compañeros, en un confuso episodio del Madrid asediado. Fue un dirigente anarquista, utópico como todos ellos, enemigo de los comunistas...y hermano de otro Durruti, falangista. Por él rezamos los joseantonianos de 2019.

Y por Francisco, por Francisco Franco quien, especialmente recordado en otros ámbitos, ha sido profanado en su tumba 44 años después.

Recordando a nuestros padres, o abuelos, que en “una de las dos Españas murieron, mataron y sufrieron, pero alcanzaron a transmitirnos la gracia del perdón; unimos nuestras oraciones, también, por todos los que murieron –sin odio-en defensa de sus ideales. Tras la lectura del Testamento, tras el Cara al Sol y ya amanecida la mañana, *el CAFE* amistad, de camaradería, de esperanza.

4

José Antonio, ni estudiado ni comprendido

José María Ramírez Asencio

La patética y vil, pero al tiempo reveladora (ha dejado bien patente, por si faltaran pruebas de ello, la absoluta fulminación de la separación de poderes del Estado en España y la cobardía rayana en la iniquidad de la jerarquía de la Iglesia Católica) profanación de la tumba de Francisco Franco en la basílica del Valle de los Caídos, ha traído a la actualidad la figura de José Antonio Primo de Rivera, al parecer próximo objetivo de la cuadrilla de los salteadores de tumbas.

No ha faltado a la fiesta, como las hienas acuden a los despojos, el iletrado comunista Alberto Garzón (dicen que estudió Económicas. Para dicha y fortuna de los contribuyentes no ejerció nunca de economista, salvo para su propia economía particular que parece le va bien, aunque, a cambio, hemos de padecer sus excreciones en forma de tuits, a cual más imbécil), escribiendo el siguiente mensaje en Twitter: “*El fascista José Antonio Primo de Rivera fue ejecutado por golpista, como Mussolini fue fusilado y colgado en Italia. Y ninguno de esos hechos justifica considerarles víctimas, pues ello sería ponerles al mismo nivel que los demócratas asesinados y represaliados por el fascismo*”. Es este Garzón una de esas personas a las que va como anillo al dedo la famosa frase de Groucho Marx, “es mejor estar callado y parecer tonto, que hablar y despejar las dudas definitivamente” (que ganas tenía de meterla en algún artículo, es tan cierta...).

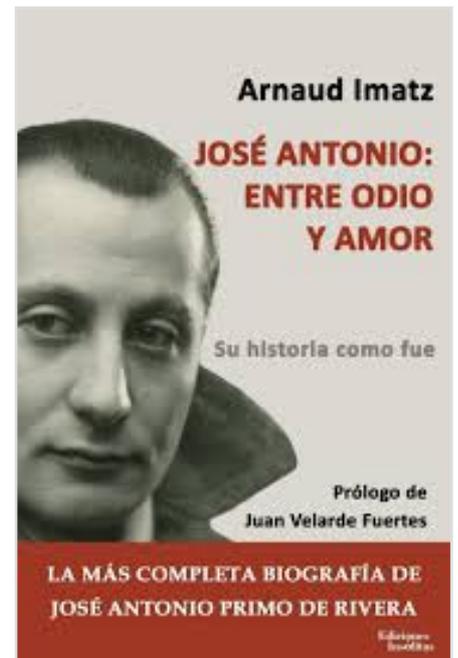
Al hecho, que parece desconocer este señor, de que José Antonio, cuando se produjo el alzamiento militar (lo que él llama golpe), llevaba cuatro meses en la cárcel, acusado de posesión ilícita de armas, primero en la cárcel Modelo de Madrid,

donde ingresó el catorce de Marzo de 1.933, y luego, desde el cinco de Junio en la cárcel de Alicante, donde fue finalmente juzgado por un Tribunal popular por delito de rebelión y fusilado el día veinte de Noviembre de ese mismo año, por lo que malamente pudo intervenir en la conspiración, se suma, en la frase de Garzón, la conocida y eficaz mezcla de mentira y sectarismo de la izquierda española, calificando de demócratas a los partidarios del Frente Popular que, de haber ganado la guerra civil, hubieran seguido diezmado las filas de los católicos e impuesto una dictadura comunista y olvidando esos miles de curas, monjas y simples ciudadanos que iban a misa y que fueron asesinados por ello.

Arnaud Imatz, autor del que quizá sea el mejor libro escrito sobre José Antonio y su pensamiento, “José Antonio, entre odio y amor”, destaca la radical diferenciación de su pensamiento político respecto de los fascismos, con los que tantas veces se le ha querido identificar (como hace en su tuit el cretino Garzón). El falangismo joseantoniano no es ni racista, ni antisemita como el nacionalsocialismo alemán y, según frase textual del escritor francés nacido en Bayona, “a diferencia del fascismo italiano, no admite la relación bilateral del trabajo, sino que defiende la integración completa de los dos factores de producción, la atribución de la plusvalía a los productores y la implantación de la propiedad sindical, comunal y familiar”.

Desconocida es la faceta social del discurso joseantoniano, su apelación a una radical reforma agraria para rescatar de la miseria los campos españoles. E ignorado que, como señaló Imatz, el falangismo de José Antonio no pone en la cúspide y como valor supremo al Estado o al partido, como hacía el fascismo italiano, sino al hombre, como “portador de valores eternos” porque la doctrina joseantoniana está sustentada por los principios del cristianismo como pilar básico de su filosofía, principios que le dan a la persona, al individuo, esa categoría de valor supremo.

Esto, unido al hecho de que la idea de Hispanidad, fundamental en José Antonio y tomada por el falangismo de Ramiro de Maeztu, no tiene ningún sentido biológico,



sino cultural y espiritual, como destaca Imatz, lo distingue claramente del fascismo nacionalsocialista de Hitler y su ideal de raza aria.

El martes día veintinueve de Octubre se cumplieron ochenta y seis años de que ese joven abogado, apenas treinta años, hijo de Miguel Primo de Rivera, decidiera dejar una vida acomodada y libre de preocupaciones para emprender una febril lucha por España, que dio comienzo oficial con el discurso fundacional de Falange Española en el Teatro de la Comedia de Madrid. Pocos son los que conocen el auténtico mensaje de ese hombre que con tan solo treinta y tres años dejó una vasta colección de escritos, discursos y pensamientos, elogiados por gentes dispares e incluso alejadas de su pensamiento político.

Pocos los que saben de los intentos que realizó en sus últimos días para una reconciliación entre los españoles y que cesara el derramamiento de sangre, voluntad que dejó plasmada en esa frase inmortal contenida en el testamento escrito en su celda de la cárcel alicantina...”Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas calidades entrañables, la Patria, el Pan y la Justicia”.



En ese mismo testamento afirmaba “me asombra que, aun después de tres años, la inmensa mayoría de nuestros compatriotas persistan en juzgarnos sin haber empezado ni por asomo a entendernos y hasta sin haber procurado ni aceptado la más mínima información”. Lastimosamente, sigue siendo verdad.

Y si, Garzón, José Antonio si fue una víctima, pero no de la guerra civil, sino de la barbarie homicida de un Frente popular liderado por un Francisco Largo Caballero sanguinario y totalmente entregado a los dictados de la Unión Soviética para el que José Antonio era un personaje incomodo y del que había que deshacerse y para el que de nada sirvieron ni siquiera los intentos de canje que parece hubo por su propio hijo, arrestado en zona nacional. Si, ese mismo Largo Caballero que exalta y al que levanta estatuas la izquierda ignorante y sectaria a la que perteneces, Garzón.

Los restos de cualquier mortal, al fin y al cabo, son polvo y cenizas; materia compuesta por átomos indiscernibles, destinados a alimentar los ciclos minerales y los de la vida. Pero sobre esa materialidad intercambiable se cierne otro tipo de sublime materia, adscrita irrevocablemente a un nombre propio: un nombre que no se confunde con ningún otro, pues fue soñado antes de la creación del mundo y cuyos átomos fueron trascendidos por las entrañas del alma humana que en su tiempo conformaron. Estos átomos no forman parte de resto sino de sumando; no son piezas de un despojo, sino sustento de un valor añadido: corpúsculos de una sublime promesa de resurrección. Dichos átomos escapan al dominio terrenal, pues campan por moradas mucho más extensas y libres que los ataúdes y los sepulcros; y sirven de armazón a una misteriosa materialidad del espíritu. Esas partículas están trabadas, una a una, por la argamasa sutil de los pensamientos nobles, la ejemplaridad de la conducta y la voluntad resuelta de quien les dio una humanidad específica y personal. De estos restos ninguna potestad humana, afortunadamente, puede disponer.

José Antonio Primo de Rivera no quiso una cruenta guerra civil entre españoles, e intentó detenerla. Tampoco quiso una dictadura militar ni, mucho menos, la restauración de una mediocridad conservadora burguesa orlada, para mayor escarnio, con el acompañamiento coreográfico de sus camisas azules.

Tras los primeros días posteriores al 18 de julio, José Antonio, preocupado por la situación de guerra civil en que ha derivado el intento de golpe de Estado, escribe una carta al presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, proponiéndole una mediación con el Gobierno de Burgos. La carta viene motivada por la reflexión que previamente ha hecho el jefe cautivo de la Falange acerca de la situación provocada por la sublevación militar. En su guion de manifiesto inconcluso redactado desde la cárcel, y tras un periodo de incomunicación, hace el conocido análisis de la situación que se encontró entre sus papeles póstumos.

Considera la situación como una consecuencia del carácter insoportablemente sectario del gobierno del Frente Popular; pero sospecha, también, que detrás de los

alzados se esconden meros tópicos elementales: el orden, la pacificación de los espíritus... Más aún, piensa que lo que realmente se esconde son los intereses de las clases conservadoras: interesadas, cortas de vista, perezosas, el capitalismo agrario y financiero. Es decir, la clausura en unos años de toda posibilidad de edificación de la España moderna. La falta de todo sentido nacional de largo alcance. Sólo ve una salida posible: La deposición de las hostilidades y el arranque de una época de reconstrucción política y económica nacional sin persecuciones, sin ánimo de



represalia, que haga de España un país tranquilo, libre y atareado. Aspira a un “gobierno nacional” y entiende por tal un gobierno integrador, que intente superar el enfrentamiento civil por medio de una amnistía, como medida general; la deposición de las hostilidades con el desarme de todas las milicias partidistas; el recobro de las garantías constitucionales en lo que afecta a derechos fundamentales de los individuos y la independencia de la

justicia (vulneradas por leyes posteriores a las elecciones del 16 de febrero); la atención a las demandas más urgentes de ambos bandos contendientes: la Reforma Agraria, por un lado, y la libertad de enseñanza religiosa, por otro. Finalmente, propone un plazo de seis meses para que el gobierno que se designe actúe mediante decretos, con las Cortes clausuradas. El gobierno propuesto para llevar a cabo este programa estaría compuesto, mayoritariamente, por figuras del centro político y algunas personalidades notables por las que nunca disimuló su admiración. Para tal gobierno pacificador, por cierto, no cuenta con ningún miembro de la CEDA ni con ningún monárquico. Al prisionero de Alicante no le parecía un serio inconveniente para hacer una política de reconciliación nacional el hecho de que el gobierno que afrontase tal misión estuviera compuesto por masones acreditados, por socialistas moderados o por intelectuales liberales.

El gobierno de concentración nacional que sugiere habría de obrar con arreglo no sólo a los puntos señalados anteriormente, sino también teniendo en cuenta las directrices de una política de auténtico frente nacional Esta comprende combatir al capitalismo industrial, aligerando la industria de consejos onerosos y acciones

liberadas abusivas. Combatir también al capitalismo financiero, mediante la nacionalización del servicio de crédito. Todo ello para devolver a los españoles la fe colectiva en su unidad de destino, así como una resuelta voluntad de resurgimiento.

José Antonio Primo de Rivera representa la alternativa al fracaso de nuestra Guerra Civil. Su espíritu inspira coordenadas opuestas a las del guerracivilismo, aunque sus restos, por voluntad de Franco, estén sepultados en lugar preeminente en la basílica del Valle de los Caídos.

Los restos del fundador de la Falange han sido ya exhumados por tres veces: lo fueron de la fosa común, donde fue arrojado por brazos de milicianos rojos como despojo inhumano, tras su fusilamiento el 20 de noviembre de 1936 –sin mortaja ni ataúd–, para ser depositados en el nicho 515 del cementerio alicantino de Nuestra Señora del Remedio; lo fueron en 1939 para ser trasladados, sobre hombros azules, con impresionante pompa, a San Lorenzo de El Escorial: allí donde reposan reyes y príncipes; y lo fueron, por tercera vez, en 1959 para ocupar su ubicación actual en el altar mayor de la basílica de Cuelgamuros. En esta ocasión como culmen del mito y de la tarea de mixtificación de su memoria escamoteada. Imaginamos que a su finísima ironía no se le hubiera escapado ningún detalle de los homenajes y pompas que vinieron luego. ¡Con qué aceradas palabras habría contestado a las hipócritas voces de cuantos aplastaron su memoria con unas losas tan irresistibles como los muros de una prisión!

Unos desgraciados petimetres, por motivos diferentes pero tan farisaicos como los de los anteriores gobernantes, quieren hoy desalojarlos de ese mismo sitio; ahora con vilipendio y difamación. ¡Malditos sean los unos y los otros! ¡No! José Antonio no debe sentirse a gusto en sepulturas carcelarias. Las losas pesadas y frías hacen de prisión eterna. Los revolucionarios, como él, prefieren, igual que el grano de trigo, pudrirse en tierra suelta y libre: una tierra amparada por la Santa Cruz –tanto más santa cuanto más sencilla–; tierra fértil que troca la simiente en fruto; tierra de labores y esfuerzos como la que cantara Virgilio en sus Geórgicas. Allí, a la intemperie, bajo el sol de justicia o expuesto a los bramidos del trueno y a la caricia de la lluvia; en espera de ese día, que vendrá, en que las espigas nuevas anuncien que ha ocurrido lo inesperado: cuando el viento proclame en ecos sonoros, hasta por los más escondidos recovecos, que un hombre al que creían muerto ha resucitado en su Pueblo.

En el largo paseo que estoy dando por la ‘intrahistoria’ de la vida y la obra de Don Miguel de Unamuno estoy encontrando verdaderas joyas literarias, sociales y políticas, que están escondidas por intereses ocultos. Sobre todo políticas. Por ejemplo, esta que hoy reproduzco (por razones de espacio he suprimido algunas cosas): la entrevista que Don Miguel mantuvo con José Antonio Primo de Rivera, en su casa de Salamanca (en batín y zapatillas). La relata Francisco Bravo, que en aquel momento era el jefe de la Falange en la provincia salmantina:

«El 10 de febrero de 1935 se celebró en Salamanca el primer mitin de Falange Española de las JONS en la provincia. Dos horas antes acompañé a José Antonio y Sánchez Mazas a casa de Don Miguel, en la salmantinísima calle de Bordadores, junto a la ‘Casa de la muerte’. Entramos los tres en aquel frío despacho donde Don Miguel escribía, sin brasero, como si le calentase y sostuviese su ardor interior... Unos minutos después entró él sin hacer ruido, por ir calzado con una zapatillas de abrigo.

— Buenos días, Don Miguel. Aquí tiene usted a José Antonio y Rafael Sánchez Mazas, le dije yo presentándole a mis camaradas. Don Miguel les dio su mano pequeña y sarmentosa, mientras inquisitivamente se fijaba en José Antonio, que se sintió un poco cohibido en presencia de aquel hombre, todavía en la belleza de su noble senectud. Y empezaron a hablar.

—Unamuno: Sigo los trabajos de ustedes. Yo soy sólo un viejo liberal que he de morir liberal, y al comprobar que la juventud ya no nos sigue, algunas veces creo ser un superviviente. Cuando de estudiante me puse a traducir a Hegel, y acaso pude ser uno de los precursores de ustedes.

— José Antonio: Yo quería conocerle, don Miguel, porque admiro su obra literaria y sobre todo su pasión castiza por España, que no ha olvidado usted ni aun en su labor política de las Constituyentes. Su defensa de la unidad de la Patria frente a todo separatismo nos conmueve a los hombres de nuestra generación.

— Unamuno: Eso siempre. Los separatismos sólo son resentimientos aldeanos. Hay que ver, por ejemplo, qué gentes enviaron a las Cortes. Aquel pobre Sabino Arana que yo conocí era un tontiloco. Maciá también lo era, acaso todavía más por ser menos discreto... Confío en que ustedes tengan, sobre todo, respeto a la dignidad del hombre. El hombre es lo que importa; después lo demás: la sociedad, el Estado. Lo que he leído de usted, José Antonio, no está mal, porque subraya eso del respeto a la dignidad humana.

— José Antonio: Lo nuestro, don Miguel, tiene que asentarse sobre ese postulado. Respetemos profundamente la dignidad del individuo. Pero no puede consentírsele que perturbe nocivamente la vida en común.

— Unamuno: Pero yo confío en que no lleguen ustedes a estos extremos contra la cultura que se dan en otros sitios. Eso es lo que importa. No es posible que la juventud, por muy estupidizada que esté, y yo lo creo sin ánimo de molestarles, caiga en el horror de creer que el pensar es una «funesta manía»; la funesta manía de pensar de aquellos bárbaros de Cervera. Por cierto que el otro día, y con motivo de una huelga en la Universidad, recibí a un grupo de muchachos de los de ustedes. Les pregunté qué querían, qué era eso de la Falange, y dudaron

— Bravo: Estarían aturdidos ante usted y no sabrían explicárselo.

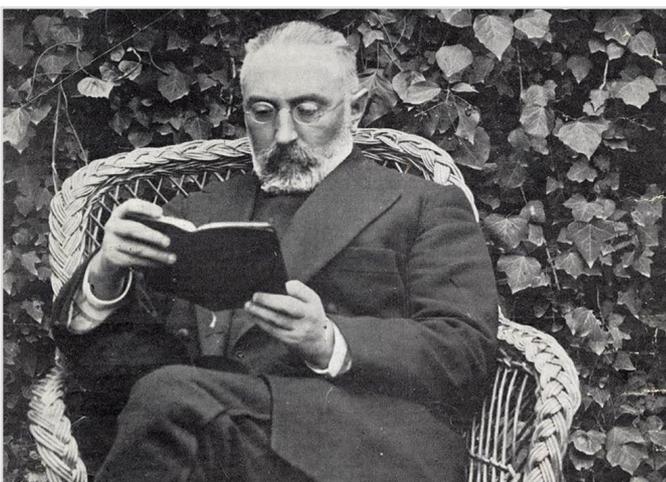
— Unamuno: No sé. Pero no sabían lo que querían. Y eso me prueba que hay un peligro de desmentalización de los muchachos. No conviene que ustedes acentúen esa tendencia pasional.

— Sánchez Mazas: Pero usted, don Miguel, ha escrito a veces otra cosa.

— Unamuno: Acaso. Llevo ya más de cuarenta años de escritor y a veces me olvido de lo que dije, y otras me contradigo y repito. Eso es lo humano...

— José Antonio: Estamos necesitados, don Miguel, de una fe indestructible en España y en el español.

— Unamuno: España! ¡España!... Muchas veces he pensado que he sido injusto en mis cosas; que combatí sañudamente a quienes estaban enfrente; acaso quizá a su padre. Pero siempre lo hice porque me dolía España, porque la



quería más y mejor que muchos que decían servirla sin emplearse en criticar sus defectos.

— José Antonio: También nosotros, don Miguel, hemos llegado al patriotismo por el camino de la crítica. Eso lo he dicho yo antes de ahora. Y hoy, en esta Salamanca unamunesca, voy a decir a quien nos escuche que el ser español es una de las pocas cosas serias que se pueden ser en el mundo.

—Unamuno: Muy bien. Pero sin xenofobia. ¡El hombre, el hombre! Y también el español y España. Y los valores del espíritu y de la inteligencia.

—Bravo: ¿ Por qué no nos ayuda usted en la lucha contra los separatismos? En el fondo, nosotros somos sus discípulos y hemos aprendido en usted a sentir a España, con orgullo, apasionadamente. Pero son los liberales, los hombres retrasados del XIX, los que ponen en peligro la Patria.

—Unamuno: Usted repite mucho esa tontería de Daudet sobre el «estúpido siglo XIX». Pero eso no es verdad. Yo lo defiendo. Vivimos ahora mismo de su herencia. Incluso lo de ustedes tuvo en él sus primeros maestros. Después de Hegel, Nietzsche, el conde José De Maistre, aquel gran desdeñoso que gritaba a sus adversarios: «No tenéis a vuestro lado más que la razón...»

—José Antonio: Nosotros no queremos saber nada con De Maistre, don Miguel. No somos reaccionarios.

—Unamuno: Mejor para ustedes.

—Bravo: Se hace tarde. La hora del mitin está cerca.

—Unamuno: Voy con ustedes.

Y allí estuvo, sentado en primera fila del Teatro Bretón de Salamanca, y aplaudiendo a José Antonio cada vez que mencionaba a España. España, siempre España. «Me duele España».

7

José Antonio Primo de Rivera, patrimonio de todos los españoles

Luis Felipe Utrera-Molina Gómez para La Razón

Fue Enrique de Aguinaga, Decano de los cronistas madrileños, quien acertadamente definió a José Antonio como arquetipo. Y al contemplar su figura y trayectoria cuando se cumplen 83 años de su asesinato «legal» por el Gobierno del Frente Popular, su condición de modelo se agiganta con la simple comparación con la clase política que padecemos en la que la mediocridad es la regla.

La vida política de José Antonio es lo menos parecido a la historia de una ambición. Muy al contrario, es la nobleza la verdadera fuerza motriz que impulsa todo su itinerario político y frustra sus planes de dedicarse por entero al ejercicio del Derecho. Porque la verdadera vocación de José Antonio fue la de abogado, profesión que jamás abandonó del todo y en la que brilló con luz propia desde sus primeras actuaciones profesionales hasta la extraordinariamente lúcida y rigurosa defensa que de sus hermanos, su cuñada y de él mismo realiza ante el Tribunal Popular de Alicante que le condenaría a muerte, no en función de un criterio jurídico, sino en el cumplimiento de las órdenes políticas del Gobierno de la República.

Esa nobleza es la que le lleva a asumir desde muy temprano la defensa de su apellido frente a los despiadados e injustos ataques de los que está siendo objeto la

obra de su padre, con una elegancia y un estilo que serán siempre su seña de identidad. Sirva como muestra su impecable réplica al Decano del Colegio de Abogados de Madrid, Sr. Bergamín, ante una velada insinuación a su apellido en la Sala del Tribunal Supremo: «En cuanto a mí, señor Bergamín, que nunca olvido ni olvidaré mi apellido y cuanto debo de cariño y respeto a quien me lo ha dado, lo sé perder en cuanto visto esta toga. Si alguna antipatía, recelo o rencor tiene con él Su Señoría, debió también haberlo olvidado, pues aquí no somos más que dos letrados que vienen a cumplir su misión sagrada de pedir justicia para el que la ha menester y hemos dejado –yo por lo menos lo hago siempre– con el sombrero y el gabán en la Sala de



Togas, cuanto sea ajeno a nuestra misión –la más divina entre las humanas– para revestirnos, con este ropaje simbólico, de la máxima serenidad, la máxima cordura, la máxima pureza».

Es esa noble causa y no una ambición de poder –que podía ser legítima– la que le lleva poco a poco a entrar en política para defender, primero, la memoria y la obra de su padre, para formular después con enorme brío y patriótica emoción, la síntesis de un movimiento político que superase la secular hemiplejía de los partidos políticos al uso; es ese impulso cabal el que lleva al joven Marqués de Estella a granjearse la antipatía de rancios caciques y ociosos señoritos para defender con pasión una justicia social superadora de la lucha de clases, para defender en definitiva, frente a la insolidaridad de una derecha con resabios caciquiles, el sueño de la patria el pan y la justicia, pero especialmente para los que no tenían pan, pues carecían de patria y de justicia.

Con apenas 30 años, el joven José Antonio inaugura un lenguaje nuevo. En la atmósfera turbia y espesa de la República se abre paso el ímpetu juvenil de su movimiento por su frescura y sobre todo, por su estilo, que comienza a granjear la antipatía de tirios y troyanos. Al recelo y antipatía de la derecha, pronto se le une el odio frontal de una izquierda violenta, sectaria y marxista que no tarda en causar las primeras bajas entre sus jóvenes falangistas. José Antonio, el hombre de fe, se resiste hasta la contumacia frente a quienes lo empujan a la venganza porque adivina en el horizonte los negros presagios de la espiral de violencia que comenzaba a sembrar de sangre los pueblos de España. Era perfectamente consciente de su responsabilidad sobre unos jóvenes que estaban dispuestos a seguirle hasta la muerte.

Es entonces, en respuesta a voces amigas que le aconsejan retirarse y volver a cultivar con sosiego su vocación primera, cuando la nobleza de espíritu aparece de nuevo como resorte para contestarles: «Me sujetan los muertos». Y es que su vida estaba ya irremisiblemente ligada al sacrificio de los que cayeron por una bandera que él mismo había llamado a defender alegre y poéticamente.

Todavía tendría tiempo de dejar en el mundo de los vivos un testimonio estremecedor de su nobleza de espíritu. Fueron tal vez sus últimas horas las que encumbran definitivamente en el olimpo de la historia a un hombre cuya memoria debería ser patrimonio común de todos los españoles. Desde la sinceridad con la que se despide de su amigo Rafael Sánchez Mazas: «Te confieso que me horripila morir fulminado por el trallazo de las balas, bajo el sol triste de los fusilamientos, frente a caras desconocidas y describiendo una macabra pirueta (...) Quisiera haber muerto despacio, en casa y cama propias, rodeado de caras familiares y respirando un aroma religioso de sacramentos y recomendaciones de alma, es decir, con todo el rito y la ternura de la muerte tradicional...», a la profesión de fe hacia su tía Ma: «Dos letras para confirmarte la buena noticia, la agradable noticia, de que estoy preparado para morir bien, si Dios quiere que muera, y para vivir mejor que hasta ahora, si Dios dispone que viva. (...) Dentro de pocos momentos ya estaré ante el Divino Juez, que me ha de mirar con ojos sonrientes». Y, finalmente la sublime declaración de su excepcional y emocionante testamento que debería hacer sonrojar a los sectarios funcionarios del Ministerio de la Verdad que ahora tienen su tumba en el punto de mira: «Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas cualidades entrañables, la Patria, el Pan y la Justicia».

A José Antonio no le han hecho justicia los unos ni los otros. Ni los que quisieron mitificarlo olvidando que era un hombre y orillando parte sustancial de su doctrina, ni los que decidieron petrificar su doctrina condenando cualquier desviación, ni los que siguen odiando su nombre porque jamás quisieron entender su mensaje. José Antonio era la negación del sectarismo, la perfecta síntesis de la revolución y la tradición, epítome de la elegancia y del estilo y, en definitiva, de la nobleza en lo político y en lo personal. Pero sobre todo, un ejemplo de un español orgulloso de serlo y sentirlo hasta el final, del que todo español cabal debiera sentirse orgulloso, porque por encima de sus ideales, José Antonio es patrimonio común de todos los españoles.



Guarde la geometría tu pureza
en rectas líneas que la muerte olvida.
Donde la historia de tu amor resida,
quede también la luz de tu nobleza.

Quede el cuerpo robado a la belleza
de una edad por la gloria entretenida,
y quede este despojo de tu vida
levantando los cielos tu entereza.

Quede tu nombre, escrito llanamente:
Tu ejemplo; tu presencia; tu llamada
en recia voz, que a España y a su gente

convoca a Patria en la unidad forjada...
¡Y si el olvido en la traición consiente,
no queda línea, Historia, voz, ni nada!

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com